



una ó más sílabas, como ape, abeja; acu, aguja; corde, corazon; mane, mañana; ove, oveja.

166 Se cortan las palabras, quitándoles una ó muchas sílabas, en el principio, medio ó fin.

167 En el principio, como en ictericia, tericia. El vulgo dice Mingo y Menga por Domingo y Dominga.

168 En el medio, como cuando de capitastro, palabra italiana, que significa encabezamiento, dicen catastro; de magis, formamos más; de navigio, navío; de vera iconica, Verónica; de vinum acre, vinagre.

169 En el fin, como cuando decimos de mille, mil; de perdonanza, anticuado, perdon.

170 A veces se truecan sílabas ó en el principio de la dición, ó en el medio ó en el fin.

171 En el principio, como cuando de albud, árabe, decimos laud; de Xisto, Sisto.

172 En el medio, como avel-lana, ave-lana.

173 En el fin, como semper, siempre; ordine, órden; virgine, vírgen.

174 En el principio y medio Ilerda, Lérida.

175 En el medio y fin ante annum, antaño; ante oculos, anteojos.

176 En el principio y fin, como sentio, siento; vidua, viuda.

177 En el principio, medio y fin, potione, ponzona.

178 Segun todo lo dicho, para observar bien los orígenes se ha de averiguar y distinguir bien el número de las letras españolas, que señaló muy bien el maestro Lebrija en sus «Reglas de Ortografía,» y propuse yo en mis «Reflexiones» explicando el «abece ó Cartilla de las letras españolas,» cuya ignorancia es causa de que se ignoren muchas etimologías, y el verdadero y uniforme modo de escribir.

179 Bien distinguido todo esto, se observará que no hay letra que no se mude en otra; pero que no cualquiera letra se muda en cualquiera, y que más fácilmente se mudan las vocales que las consonantes, como se ve en el vocablo gandeja, del cual dice el escoliador de Juvenal, sobre la sátira V, «gandeja genus navis, quo Afri utuntur.» Nosotros, mudando las tres primeras vocales, y de las consonantes únicamente la *j* en *l*, que es muy frecuente, decimos góndola.

180 En lo que toca á la silabacion, se ha de observar que la castellana es muy diferente de la latina, y así muy otra que la que propuso la Real Academia. En mi Abece español, queriéndolo Dios, se verán todas las combinaciones posibles segun la pronunciacion, que de cinco siglos á esta parte tiene la lengua espa-

ñola. Y procuraré dar ejemplo de cada sílaba, porque por necesaria induccion sale que sólo son sílabas españolas aquellas de que se puede señalar ejemplo en las dicciones que tiene recibidas la lengua española, cosa que me admira que no haya observado la Real Academia.

181 Bien ejecutadas todas estas diligencias, que piden un gran conocimiento de la lengua, mucha meditacion y un gñio observador y reflexivo, se advertirá que en los tránsitos que hacen las dicciones de unas lenguas á otras se añade ó se quita una ó muchas letras, segun la naturaleza y genio de cada lengua. Porque si el vocablo propio de la lengua matriz tiene alguna letra ó silabacion de la cual carece la otra lengua que ha de recibir el vocablo, es preciso que se omita aquella letra ó silabacion ó á lo ménos que á la tal silabacion ó union de letras se le quite ó mude alguna de ellas, ó se añada otra para que la sílaba sea conforme á la pronunciacion de la lengua. Estas añadidas ó quitamientos de letras ó de sílabas se hacen al principio, ó al medio, ó al fin de las dicciones. Hacer de todo esto una perfecta induccion, pedia, como dije, haber trabajado un diccionario etimológico, obra propia de una larga y no ociosa vida, ó de la aplicacion de muchos á un mismo tiempo.

182 Tambien es propio de quien trata en particular de los orígenes de alguna lengua, observar las finales de los vocablos para la mudanza conveniente. Así vemos que los vocablos que en otras lenguas acaban en *b*, *c*, *f*, *g*, *h*, *k*, *m*, *p*, *t*, *u*, rarísimas veces permanecen con esas finales. Por lo cual, ó se les añade, ó se les quita, ó se les muda alguna letra. Por eso llamamos Jacob al Patriarca, nombrándole con nombre peregrino, y á los que toman su nombre ó de alguno de los Apóstoles los llamamos Jacobo. Dijeron nuestros mayores de bac, baque, y hoy muchos de Joseph ó Josef, por razon de la suavidad, José ó Jusepe. De Diag, anticuado, decimos Diego; de Elch, Elche; de almanak, almanaque; de Absalom, Absalon; de Adam, Adan; de Petrochim, vocablo hebreo, pitanza; de Julep, persiano, julepe; de ardit, lemosin, ardite; de mot, voz tambien proenzal, que significa texto poético glosado, mote, y de ahí motete, como de són, sonete y sonsonete; de gelu, decimos yelo.

183 Las etimologías mejor se hallan en unos casos que en otros, y mejor en unas personas que en otras. Esto es lo mismo que decir que se han de buscar en las raíces, donde nacen los vocablos de nuestra lengua, las cuales no siempre son los nominativos y primeras personas del presente indicativo de



los verbos, porque en los nombres sustantivos, que tienen el ablativo desemejante al nominativo, la raíz suele ser el ablativo, ahora se decline el nombre por la segunda, ahora por la tercera declinacion, como adulter, ablativo, adultero, en español adúltero; ars, ablativo, arte; baculum, ablativo, báculo; bilanx, ablativo, bilance, la balanza; callus, ablativo, callo, ca-llo; caro, ablativo, carne; dæmonium, ablativo, dæmonio, demonio; definitio, ablativo, definitione, definicion; edictum, ablativo, edicto; eclipsis, ablativo, eclipse; fortun, ablativo, furto; hurto; falco, ablativo, falcón, halcon; gal-lus, ablativo, gal-lo, gallo; gigas, ablativo, gigante; hamus, ablativo, hamo; habitatio, ablativo, habitacione, habitacion; imaginatio, ablativo, imaginatione, imaginacion; imperium, ablativo, imperio, etc. En los nombres declinados por la cuarta y quinta sucede lo mismo, porque la cuarta declinacion es muy semejante á la segunda, y la quinta á la tercera. Y así, el modo de sacar las etimologías es éste: arcus, ablativo, arcu, arco; dies, ablativo, die, dia. En los nombres que se declinan por la primera, lo mismo es decir que la raíz es el nominativo que el ablativo, porque la terminacion es uniforme. Y así decimos sin distincion de casos: absentia, ausencia; beneficentia, beneficencia; clementia, clemencia; diligentia, diligencia, etc.

De lo dicho infiero una curiosa observacion, y es que, como los nombres de la tercera declinacion, por razon del aumento suelen alargar la *o* en los casos oblicuos, y como es cosa frecuente quitar del ablativo la vocal final, quitada ésta, aunque la dición quede con las mismas letras y sílabas que tenía en el nominativo, el acento de la final española es largo, aunque fuese breve en el nominativo latino, como amor, ablativo amore, amor; benefactor, ablativo benefactore, bienhechor; calumniator, ablativo calumniatore, calumniador; declamator, ablativo declamatore, declamador; educator, ablativo educatore, educador; fabricator, ablativo fabricatore, fabricante; gubernator, ablativo gubernatore, gobernador; habitator, ablativo habitatore, habitador; incitator, ablativo incitatore, incitador, etc. Sabidas las reglas antecedentes respecto de los nombres sustantivos, en cuanto á los adjetivos, sólo queda por hacer la misma aplicacion de doctrina. Porque, ó el adjetivo tiene una, ó dos, ó tres terminaciones. Si tiene tres, la primera y tercera se varían por la segunda declinacion, y la segunda terminacion por la primera declinacion. Y por consiguiente, la raíz es el ablativo, como absurdus, absurda, absurdum, ablativo absur-

do, absurda, absurdo, en español absurdo ó cosa absurda. Si el adjetivo tiene una ó dos terminaciones, ambas van por la tercera declinacion; y así la raíz de las etimologías se ha de buscar en la primera terminacion de sus ablativos, como absens, ablativo absente vel absenti, ausente; acris vel acre, ablativo acre vel acris, acre.

184 En los verbos mejor suelen hallarse las etimologías en el infinitivo que en la primera persona del indicativo, como *eo, ire, ir*.

185 El dar, pues, las verdaderas etimologías no es cosa que se logra tanto con el ingenio como con una larga leccion acompañada de mucha reflexion, juicio y discrecion. Segun esto, ya se ve la gran dificultad que hay en ser buen etimologista, la cual es tanta, que Gil Menagio (1) decia que había cincuenta años que estudiaba su lengua y todavía no la sabia. Esto dijo un hombre que escribió los orígenes de la lengua francesa, que era la suya, y los de la italiana, con admiracion de los mismos italianos, muy inclinados á despreciar las cosas transalpinas; y que fuera de todo esto supo muy bien la lengua griega, entendia bien la española y tenía conocimiento de otras muchas.

186 Puede ser que algunos, atendiendo á los ejemplos antecedentes, piensen que es muy fácil sacar etimologías; pero deben saber que como ha sido mi intento hacer observar la analogía, los ejemplos debían ser muy claros, y los más sacados de una lengua, como es la latina, para que á imitacion de esto se animen otros á ejecutar lo mismo en las demas matrices, y verán la suma dificultad que hallan en señalar los ciertos orígenes entre tantas, tan antiguas y tan desusadas lenguas, como son las matrices de la nuestra.

187 Los que ven tanta variedad de orígenes en la lengua española, unos dicen que tal mezcla de voces parece algarabía y la juzgan por

(1) Gil Menagio nació en Angers en 1613, y murió en París en 1692. Primero abogado y despues literato y eclesiástico, fué amigo de Balzac, Pelisson, Scudery, Chapelain y de Cristina de Suecia, y protegido por el cardenal Mazarino. Su reputacion de *bel spirit*, muy extendida, palideció ante las de Boileau y Molière, el cual lo sacrificó bajo el nombre de Vadio en las *Mujeres sabias*. Su lengua, más libre de lo que exige la prudencia, le hizo muchos enemigos. Escribió «Les orígenes de la langue française, Observations sur la langue française. Diogene Laerce,» greco-latino, con un comentario muy extenso; «Orígenes de la lengua italiana,» en italiano, y «Mulierum philosopharum historiae.» Sabia el italiano tan bien, por lo ménos, como el frances.



gran imperfeccion. Al contrario, otros son de sentir que eso mismo es lo mejor que tiene, pues de muchas lenguas ha escogido lo más expresivo, suave y sonoro. Unos y otros me parece que se engañan, por habiéndose tomado de otras lenguas casi todas las voces de la española, si no se tiene inteligencia de las lenguas originales en que se impusieron, se ignora la fuerza de las significaciones. Por otra parte, cuando las voces se introducen de una lengua en otra, no suele tener lugar la elección, sino que obliga á dar principio á tal introduccion la necesidad ó poca reflexion de quien habla, el cual, si es advenedizo, no sabe explicarse (á lo ménos expeditamente) sino usando de los vocablos de su lengua, que tal vez son los únicos que se ofrecen á su memoria; y si es natural y traduce algo, luégo que no se le ocurre cómo expresar las cosas en su lengua, aunque haya voces propias y usadas, las toma de la lengua que traduce. Y por eso vemos que no hay traduccion en que deje de haber voces extrañas, pudiendo muy bien excusarse, pues suele haberlas muy propias.

188 En cuanto á la variedad de vocablos de muchas lenguas de que se compone la española, lo mismo sucede á todas las demas que se hablan hoy en todo el universo, no habiendo una siquiera que no sólo sea bilingüe, como la de los tirios en Virgilio (*Aneid.*, I, v. 665), ó trilingüe, como la de los marselleses antiguos, segun Marco Varron, alegado por San Jerónimo (2, *ad Galat. in Proem.*), sino también cuatrilingüe y áun babilónica, por la mezcla de las naciones, inconstancia de las cosas humanas y providencia de Dios, que quiere que nada sea permanente debajo de la luna, para que sólo aspiremos á fijar nuestros pensamientos en sus innumerables é infinitas perfecciones, eternamente permanentes.

189 Un provecho tiene esta variedad de voces de diferentes lenguas, que mantiene la memoria de las antiguas invasiones de las gentes y de la diversidad de dominios, y la del trato con las naciones, cuyos vocablos permanecen. De cuyo argumento se valió Estrabon (lib. III) para inferir que Menaca y Abdera, antiguas poblaciones de España, eran colonias de los fenices, y quizá por la misma razon dijo lo mismo de toda la costa de Andalucía Marco Agripa, alegado por Plinio (*Hist. Nat.*, lib. III, cap. I). Por esta misma razon, como el árabe *beni* viene del hebreo *ben*, que significa edificio, antepuesto á algun vocablo es indicio de significar alguna poblacion edificada ó renovada en tiempo de los moriscos, como Benaguacil, Beniarjón, Beniganim, Benimamet

y otros muchos en el reino de Valencia. Por la misma causa, porque Medina se interpreta ciudad, decimos que en parte sus nombres arábigos Medina-Celi, Medina del Campo, Medina de las Torres, Medina-Sidonia. Búrgos se llamó así de burg, palabra alemana, que significa lugar pertrechado ó refugio, habiéndole dado este nombre Don Diego Porcel con su yerno Nuño Bellidez, ó segun otros Belchides, noble aleman. Basten estos ejemplos.

190 La causa de haber en todos los idiomas tanta multitud de vocablos de varias lenguas es muy natural, porque al mismo tiempo que el linaje humano se iba propagando, iba también extendiéndose y dilatándose en nuevas regiones, cuya variedad de climas hacia variar los órganos de la voz; y variados éstos, se variaban las voces, y con éstas el lenguaje compuesto dellas. Añádese á esto el trato de unas naciones con otras de lenguas totalmente diferentes, de cuya mezcla se fué tomando un lenguaje extraño, y de aquel nuevo y otro semejante otro muy diverso de entrambos con inapeable confusion. Sirva de ejemplo la particular negativa *lo*, la cual raíz es hebrea. Los latinos dijeron *non*, convertida la *l* en *n*, como en otros muchos vocablos, y dándole nueva y frecuente terminacion. Nosotros decimos *no*, los portugueses *não*, los alemanes *nit*, *nyit*, ó *neyt*; los parisienses *non*, los ambianos *nennin*, los narboneses y hannones *nen*, los samarobrinos *nain*, los pictones *nenau*, todas voces derivadas de una misma raíz. Pero sin embargo desto, es preciso que llamemos lenguas matrices á las originales de las que hoy se hablan, y con singular razon á la hebrea, porque no hallamos en otra orígenes más antiguos, como sucede en los árboles genealógicos, que se hacen empezando del tronco que se ve, porque se ignoran las ocultas raíces de donde él procede.

191 Si yo hubiese de explicar lo que siento de la lengua española, sólo diria una cosa: que no es la lengua española la que nos hace falta para hablar con perfeccion, sino que somos nosotros los que por falta de habilidad faltamos á ella. Si la lengua griega no tuviera á Herodoto, Thucidides, Jenofonte, Demóstenes, Platon y Aristóteles, ni á Homero, Hesiodo, Esquilo, Píndaro, Sófocles y Aristófanes, ¿qué nos parecería? Si la lengua latina careciese de César, Ciceron, Cornelio Nepote, Salustio, Livio y Suetonio, y de Terencio, Plauto, Lucrecio, Horacio, Virgilio y Ovidio, ¿qué juicio haríamos de ella? Seamos, pues, para la lengua española cuales fueron aquellos para la griega y latina, y verémos las perfecciones y bellezas de que es capaz.



192 Porque primeramente es abundantísima. Yo no fundo esta abundancia en que tenemos voces con que significamos muchas cosas, que en otra lengua tal vez no tienen determinados vocablos, como acierto, desamor, desenvoltura, despejo, emplazamiento y otros, porque sé que de cualquiera lengua me opondrán muchos vocablos que, siendo muy expresivos, no tienen correspondencia en la nuestra, ni hay modo de traducirlos sino por rodeo. Bien observado tenía esto el maestro Lebrija, cuando hablando de los circunloquios del verbo (*Arte castellana*, lib. 3, cap. 11), dijo: así como en muchas cosas la lengua castellana abunda sobre el latín, así, por el contrario, la lengua latina sobra al castellano. Por eso vemos en su diccionario unas veces interpretado el latín con latín por falta de voz castellana, y otras el castellano por latín bárbaro por falta de latín puro, aunque no niego que muchas veces ignoró él la correspondencia de entrambas lenguas.

193 Ni tampoco mido la abundancia de la lengua española con los diccionarios, porque todos los que tenemos son muy pobres de voces; y aunque todos se juntasen en uno, lo serian por haber sido en sus autores mayor la ansia de copiar unos de otros que de añadirlos. Hablaré solamente de los más principales.

194 El diccionario de Antonio de Lebrija dirigido á D. Juan de Stúñiga, maestre de la caballería de Alcántara, impreso magnífica y hermosamente en Salamanca año 1492, el cual tengo yo y le estimo mucho, porque por él sé lo que dijo Lebrija; este diccionario, digo, si bien se observa, no es tan copioso como el de Alfonso de Palencia, publicado en Sevilla año 1490, cuyo ejemplar impreso, aquel mismo que presentó su autor á la reina Doña Isabel, de gloriosa memoria, á quien le dedicó, tengo yo entre mis libros. Pero como es traduccion de latín en español (como el vocabulario eclesiástico de Rodrigo Fernando de Santa Ella (1), que tengo impreso en Sevilla año 1529), es preciso que falten millares de voces. Y si bien

(1) Rodrigo Fernandez de Santa-Ella, natural de Carmona, diócesis de Sevilla, maestre en teología y artes, y colegial de Bolonia, fundador del célebre colegio de Santa María de Jesus de Sevilla. Escribió obras religiosas, de historia natural, filosóficas, en latín y castellano. La que cita Mayans se titula «Vocabularium Ecclesiasticum, partim latina, partim hispana lingua scriptum, Elisabethæ Reginae nuncupatum,» y se imprimió por vez primera en Sevilla, en 1499.

Antonio de Lebrija, veinte años despues de su primera edicion, la renovó aumentándola, y despues se repitieron las enmiendas y nuevas glosas para renovar el privilegio y ganar muy bien sus herederos con la tal impresion, siempre quedó pobre aquel diccionario.

De lo cual se quejaba mi juicioso paisano Juan Luis Vives y el mismo Antonio de Lebrija, el cual, hallándose calenturiento en Brozas en casa de su hijo Marcelo, caballero de la órden de Alcántara, postrado en la cama, suspiraba muy á menudo, quejándose de que dejaba imperfectos el *Arte* y *Diccionario* (Sanchez Brocense en la dedicatoria de su *Minerva*). Falta que áun hoy no vemos remediada, porque solamente algunos ignorantes se han atrevido á poner la mano en lo que dejó escrito tan venerable maestro, á quien el autor del «*Diálogo de las Lenguas*» trató con poco decoro; y ciertamente no hubiera errado muchas veces si hubiera leído con docilidad y atencion algunas obras gramáticas de Antonio de Lebrija, en cuya lectura no quiso entrar por parecerle, con demasiada presuncion, que no tenía que aprender. La *Ortografía castellana* de Antonio de Lebrija, cuya impresion he renovado yo, y su *Gramática española*, que quisiera que también fuese comun, son dos obras dignísimas de aquel gran maestro de los españoles, que por el conocimiento que tenía de sí propio y hablando sin soberbia, pudo decir de sí con verdad y sencillez de ánimo (en la Prefacion dirigida á Don Juan Stúñiga): Fué aquella mi doctrina tan notable, que áun por testimonio de los envidiosos y confesion de mis enemigos, todo aquesto se me otorga: que yo fuí el primero que abrí tienda de la lengua latina y osé poner pendon para nuevos preceptos, como dice aquel horaciano Cacio. Y que ya casi del todo punto desarraigué de toda España los *Dotrinales*, los *Pedros Elías* y otros nombres áun más duros; los *Galteros*, los *Ebrardos*, *Pastranas* y otros no sé qué apostizos y contrahechos gramáticos no merecedores de ser nombrados. Y que si cerca de los hombres de nuestra nacion alguna cosa se halla de latín, todo aquello se ha de referir á mí. Es por cierto tan grande el galardón deste mi trabajo, que en este género de letras otro mayor no se puede pensar.

195 Con esto únicamente he pretendido moderar la censura del autor del «*Diálogo de las Lenguas*,» pero no disminuir su autoridad; ántes bien, si pudiera, la engrandecería más, y cuanto ha sido de mi parte he procurado sacar su obra de las oscuras tinieblas del olvido á la pública luz, encomendándola á la memoria de



todos. Y siento mucho no poder decir con certeza quién fué el autor de un diálogo tan docto y discreto, porque aunque los interlocutores dan algunas señas de las personas de Valdés y Torres, de los cuales aquél hace papel de maestro y éste de oyente, y de uno y otro pudiéramos proponer algunas conjeturas que pareciesen verosímiles, siempre quedaría incierto si alguno de ellos ú otro escribió el diálogo, pues los autores unas veces se introducen en las conversaciones fingidas y otras no. Sólo puedo decir que el que compuso ésta vivió en tiempo de Carlos V. Sabía la lengua castellana como el mejor en su tiempo, y entendía la griega. Era hombre de córte y de mucho juicio, y por eso escribió el diálogo tan sin afectación y con verosimilitud, exceptuando aquello de estar escondido Aurelio apuntando lo que oía, que siendo tanto pedia oído muy vivo y atento, y una suma ligereza en manejar la pluma, siendo cierto que su atención, por capaz que fuese, no podía naturalmente estar fija á un mismo tiempo en tan diversos objetos y oficios, como oír lo que se había de escribir, y escribir lo oído, oyendo al mismo tiempo lo que de nuevo se había de escribir; lo cual no podía ser sino siendo Aurelio tan veloz en escribir que igualase con su ligereza á la de los antiguos notarios, elegantemente descrita por nuestro español Marcial cuando dijo (Epigram. lib. 14, epigr. 208):

*Currant verba licet, manus est celocior illis
Nondum lingua suum, dextra regit opus,*

que en buen romance tradujo el eruditísimo D. Tomas Tamayo de Vargas en su curioso libro manuscrito *Cifra contra-Cifra antigua, moderna*, cuyo original, todo de letra del mismo autor, se halla en esta real biblioteca (1). Su interpretación dice así:

*Corran todo cuanto pueden
Las palabras, que la mano
Ligera del escribano
Ha de hacer que otras se queden.
Porque apenas con su oficio
La veloz lengua ha cumplido,
Cuando tiene concluido
La mano con su ejercicio.*

(1) D. Tomas Tamayo de Vargas, natural de Madrid, estudió en Pamplona y en Toledo, y desde muy jóven se distinguió por su inmenso saber y profunda erudición, desempeñando muchos cargos importantes en su época, relacionados con su afición á los estudios históricos. Escribió mucho en latin y castellano, de historia, literatura, crítica, erudición, etc. Murió el año de 1641. La obra citada por Mayans se titula «Cifra, Contracifra antigua y moderna,» y fué manuscrita á poder de D. Juan Lucas Cortés.

O debiera ser Aurelio tan diestro como el otro notario que nos pintó Ausonio (Epigr. 146) con sumo ingenio, y nos le representó el mismo D. Tomas Tamayo de Vargas, ajustándose á la letra cuanto le permitió la diversidad de las lenguas y las estrechas reglas de la poesía. Digan lo que se les antoje algunos fastidiosos lectores, que yo quiero complacer al delicado gusto de otros más curiosos que saben el aprecio que merece este género de letras, y se holgarán de leer lo que de otra suerte no pudieran. Dice desta manera el más agudo y erudito de los poetas latinos que antiguamente tuvieron las Galias:

*Puer notarum præpetum,
Sollers Minister, advola,
Bipatens pugillar expedi,
Cui multa fandi copia,
Punctis peracta singulis,
Ut una vox absolvitur.
Evolvo libros uberes,
Instarque dense grandinis
Torrente lingua perstrepo.
Tibi nec aures ambigunt,
Nec occupatur pagina,
Et mota parce dextera
Volat per æquor cereum.
Quum maxime nunc proloquor
Circumloquentis ambitu,
Tu sensa nostri pectoris
Ut dicta jam ceris tenes.
Sentire tam velox mihi
Vellem dedisset mens mea,
Quam præpetis dextre fuga
Tu me loquentem prævenis.
¿Quis, queso, quis me prodidit?
Quis ista jam dixit tibi.
Quæ cogitabam dicere?
¿Quæ furta corde in intimo
Exercet alet dextera?
Quis ordo rerum tam novus,
Veniant in aures ut tuas,
Quod lingua nondum absolverit?
Doctrina non hæc præstitit;
Nec ulla tam velox manus
Celeripedis compendii,
Natura munus hoc tibi,
Deusque domum tradidit:
Quæ loquerer ut scires prius:
Idemque velles quod volo.*

196 El ingenioso y discreto toledano tradujo así con gran acierto:

*Solicito escribiente
De las ligeras cifras, ven volando,
Y la tabla patente
Por ambos lados trae, en que dictando
Te vaya muchas cosas,
Que comprendan tus cifras presurosas.
Mientras con solo un punto*



*Una razon abrazas, yo revuelvo
Los libros, y en un punto
Con tanta ligereza á dictar vuelvo,
Que mi lengua parece
Granizo, que con densos granos crece.
No dudán tus orejas
De lo que una vez dije, y de tal suerte
Las tablas aparejas,
Que no pueden en cosa detenerte,
Y sin sentir, ligera
La mano corre por la llana cera.
Pues cuando articulando
Voy las razones, tú me las penetras,
Y lo que voy pensando
Lo hallo señalado ya en tus letras.
¿Pluguiera Dios al Curso
De tu mano igualára mi discurso!
Si escribes mis razones
Antes que las pronuncie, ¿quién te ha hecho
Entrar en los rincones
Y en lo más escondido de mi pecho?
¿Cómo mi pensamiento
Hurta tu mano suelta más que el viento?
¿Quién vió jamas tal órden,
Que ántes que las palabras se pronuncien
Y entre sí ellas concorden,
Ya tus feles orejas las anuncien?
No puede tener parte
En compendio tan breve mano ni arte;
Que un dón tan soberano
Sólo puede ofrecer naturaleza.
Que quieras lo que quiero,
Y sepas lo que voy á hablar primero.*

197 De tanta habilidad como ésta necesitaba Aurelio para poder ejecutar lo que supone el autor del «Diálogo de las lenguas.» Y aunque es verdad que Aurelio se escondió para notar los puntos principales que se dijese en la conversacion (cosa que es muy verosímil), es moralmente imposible que apuntando sólo los cabos principales de que se tratase, se pudiesen referir despues tan pormenor tantas menudencias y delicadezas de la lengua española, pues quien fuese capaz de escribir así, no necesitaria de ficcion alguna para componer un diálogo. Ni los maestros de este género de composicion, entre los griegos Platon y Luciano, y entre los latinos Ciceron y el incierto autor del «Diálogo de los oradores,» añadieron en alguno de los suyos ficcion extrínseca á ellos, sino que, contentándose en fingir la conversacion imitando las personas representaron las pláticas muy al vivo, haciendo autores de ellas á los mismos interlocutores, ó tomando el autor la parte de mero relator, sin añadir nueva y extraña ficcion, como se hizo en este «Diálogo de las lenguas,» en el cual pudiera yo notar otros semejantes defectillos pertenecientes á la lengua española; pero los

omito ahora por no entretenerme más en esta digresion. Antes bien, en el abono de la fe y autoridad de tan grave autor, quiero que sepan los lectores que la copia de este diálogo que me ha servido de original en su impresion, es la misma que tuvo el más diligente y más curioso de cuantos historiadores ha tenido España hasta el día de hoy, Jerónimo Zurita, de la cual copia hizo mencion el doctor Juan Francisco Andres de Ustarroz en los «Progresos de la historia del reino de Aragon, que añadió y publicó el doctor Diego Josef Dormer, arcediano de Sobrarbe, en el cap. IV, donde se trata de «Los vestigios de la librería manuscrita de Jerónimo Zurita, núm. 27,» cuyas palabras son éstas: DIÁLOGO DE LAS LENGUAS. Es obra muy curiosa y digna de estampa, por ofrecerse en ella muchas reglas para hablar con perfeccion la lengua española. Escribióse en tiempo del emperador Carlos V, y guarda este manuscrito el conde de San Clemente.»

Despues fué á parar en la librería de un librero de Zaragoza con otros libros manuscritos muy preciosos; los cuales compró el bibliotecario mayor del rey nuestro señor en el mes de Marzo de este presente año 1736; y luégo que le vi, me pareció dignísimo de la pública luz y de ser dirigido á quien debemos tan precioso hallazgo. En este manuscrito faltaba una hoja, que con ninguna diligencia he podido suplir, porque aunque de paso vi en la real librería de San Lorenzo una copia deste diálogo, probablemente es un traslado de ésta, como lo indica el carácter de la letra mucho más moderno, y el faltarle lo mismo, y además de eso la primera hoja. Acudí á los índices, y en ellos no pude rastrear indicio alguno del nombre del autor.

190 Juntos con este *Diálogo*, y de la misma letra que él, vinieron dos libros. El uno de *Cetereria*, que escribió don Pedro Lopez de Ayala; el otro unos antiguos apuntamientos sacados del *Arte de Trovar*, que escribió don Enrique de Villena, de quien, por medio de Juan de Mena, cantó la Providencia en «La cuarta órden de Febo,» copla 126:

*Aquel que tú ves estar contemplando
En el movimiento de tantas estrellas,
La fuerza, la órden, la obra de aquellas
Que mide los cursos de cómo y de cuándo,
Y ovo noticia filosofando
Del movedor y los conmovidos,
De fuego, de rayos, de són de tronidos,
Y supo las causas del mundo velando;
Aquel claro padre, aquel dulce fuente,
Aquel que en el Cástalo monte resuena,
Es Don Enrique, señor de Villena,*